

**EL CANCIONERO DE JESUITAS.  
MANUSCRITO 6226  
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA**

JOSÉ J. LABRADOR HERRAIZ<sup>1</sup>

«¿Por qué en el sueño de un vivir fecundo  
imprimes con la muerte acerbo sello?»

(JUAN MANUEL COBO)

*RESUMEN:* Juan Manuel Cobo nos ha dejado un poemario titulado *Vivencias de hombre a partir del cual este trabajo estudia la poesía religiosa escrita por jesuitas a finales del siglo XVI, centrándose especialmente en el manuscrito inédito Cancionero de Jesuitas que se guarda en la biblioteca de la Real Academia Española. En él se reunió una larga colección de poemas conceptistas, casi todos ellos siguiendo la pauta de la época marcada por las conclusiones tridentinas de promover la devoción y dedicar el espíritu a lecturas provechosas.*

*PALABRAS CLAVE:* cantares ociosos, concilio, condición humana, contrahechura, guitarrillas, Felipe II, Ignacio de Loyola, jesuitas, misterios de fe, poesía a lo divino, poesía pagana, poesía popular, poesía tradicional, muerte, romances, santos, sonetos, Trento, vida religiosa, villancicos.

*ABSTRACT:* Using as point of departure poems written by Juan Manuel Cobo, this article analyses an unpublished Jesuit manuscript held at the Spanish Royal Academy Library. Dating from the end of the sixteenth-century, it provides hundreds of compositions, mostly religious poetry in the «divine style», the most popular form used during that time to promote devotion of the mysteries of faith and power of saints.

*KEY WORDS:* Playful songs, council, human condition, contrafacta, guitars, Phillip II, Ignatious of Loyola, Jesuits, misteries of faith, divine poetry, pagan poetry, popular poetry, tradicional poetry, death, ballads, saints, sonnets, Trent, religious life, Christmas songs.

---

<sup>1</sup> Cleveland State University. Estados Unidos.

Juan Manuel Cobo Suero, ensayista, filósofo, sociólogo y pedagogo, figura en la extensa galería de aquellos jesuitas que han contribuido al desarrollo del pensamiento humanístico; más concretamente: está en el índice de pensadores debido su empeño en dibujar vías orientadoras en la repetidamente confusa ideología de finales del siglo xx. Sin embargo, Juan Manuel Cobo no se limitó sólo a la prosa erudita, meditada y profunda, sino que ha subido al Parnaso por un precioso libro de poemas <sup>2</sup>, delicado ramillete que, con la ingenuidad de un alma joven, es el reflejo de su interior, de sus preocupaciones, de sus alegrías, de su admiración por el paisaje, del mar azul de su «*Cantabria, suave y fuerte / altiva, montañera / alfombrada de verde / lluviosa, marinera*», de sus adoptivas tierras castellanas, «*Castilla seca / pobre / trigo y ovino / olor a era*», con su «*Otoño castellano / reto de oros / para el sentir humano*». Poesía meditada aun dentro del jugueteo lírico que con candoroso humor impregna casi todos los versos; versos, a su vez, medidos con regla cásica, escandidos y pulidos siguiendo la preceptiva poética a la que otros poetas jesuitas se habían adherido en los mejores tiempos del Siglo de Oro <sup>3</sup>. Es poesía «*en canto llano y pausado*», como inició su romance aquel otro jesuita, Medrano, cuyos versos han sido estudiados recientemente <sup>4</sup>.

## 1. VIVENCIAS DE HOMBRE

Decía antes que casi todos los versos de estos 23 poemas llevan dentro el placer de la creatividad, el gusto de jugar el juego del que sabe medir y pesar, consciente de que el lector es cómplice de la misma conspiración poética. En *Vivencias de hombre*, de ese hombre *ex hominibus assumptus*, hay también versos que no cantan, sino que lloran —todos lloramos— por «la tierra madre», que «*envuelta en pena y noche / tiembla y llora*», es la «Elegía a un país pobre en guerra». Con ella abre el poeta Cobo su libro y con ella se engasta en la tradición elegíaca clásica de Ovidio, Propercio, Tibullo, en la medieval manriqueña, en la actual de Hernández, Lorca, Neruda, Paz... En el centro de su antología, tras un infantil «*Veo, veo*» donde surge la ilusión de «*un mundo en que no hay guerras / en que no hay hambre; una tierra sin sangre, ruinas, lodos / porque es morada de todos*», se halla la médu-

<sup>2</sup> La portada ha sido ilustrada por nuestro padre, gran amigo de Cobo, Tomás Labrador Blanco.

<sup>3</sup> JUAN MANUEL COBO, *Vivencias de hombre*, Endymión, Editorial Ayuso, Madrid, 2007.

<sup>4</sup> FRANCISCO DE MEDRANO, *Diversas rimas*, ed. Jesús Ponce Cárdenas, Málaga, Fundación José Manuel Lara, Clásicos Andaluces, 2005.

la profunda y doctrinal del libro. El poeta se hunde en una «meditación filosófica», compartiendo con el lector sus íntimas vivencias, «*una vida que escapa, agua de río*». Sus versos están inundados de preguntas sobre la condición humana y la realidad —tan barroca— de la muerte. Pero antes de desembocar en la mar del morir, Cobo se refugia en el amor, «*Amor que hiciste en los vacío pleno, / y a la nada en el ser aniquilaste, / y al tiempo has hecho eterno*», para hallar por esa vía la deficiencia del hombre:

*Es el hombre fuego misterioso  
que conserva en su llama Amor vivido,  
sin que pueda el tiempo codicioso  
consumir su latido...*

Cuando ha llegado a la esencia misma del hombre, que se halla redimido por el amor, surge el gozo del «Verano», «*De la risa del sol nace el verano*»; llegan los «Juegos»; las «Ferias»; los acertijos: «*Veo, veo*»; la «Canción a la Libertad»; los paisajes hermosos. Y siempre en la meditada composición de lugar entra, mejor diríamos, también se cuele, el gracejo popular con el ritmo saltarán de sus letras, de sus ocurrentes seguidillas o de sus desenfadadas redondillas, colmadas de gracia y sabiduría ancestral. Acaso el broche que cierra la floresta de vivencias humanas sea la «Oración», poema que, con los anteriores, instaure a Cobo en la misma galería con otros poetas jesuitas de temática religiosa, cuya influencia en la lírica del Siglo de Oro añadió una arista más al rico poliedro áureo.

## 2. POESÍA RELIGIOSA: «*SE, SEÑOR, ALFARERO DE NUEVO*»

El británico Bruce Wardropper es una autoridad en los estudios de la escondida poesía religiosa del Siglo de Oro. Afirma en la primera línea de uno de sus estudios que «la poesía religiosa no suele ser la lectura predilecta de los que estudian la literatura del Siglo de Oro»<sup>5</sup>. Recuerda que no hay libro de conjunto sobre el tema y propone una letanía con la que justificar que esta insoslayable modalidad, que este abundantísimo género, no haya recibido todavía la atención que requiere. Aun los más canónicos y brillantes poetas religiosos apenas salen a la luz pública, excepto cuando un oportuno —o inoportuno— centenario aflora en los despachos de algún gobierno que se precia de culto. Luego, estas figuras vuelven al cajón

<sup>5</sup> BRUCE W. WARDROPPER, «La poesía religiosa del Siglo de Oro», en *Edad de Oro IV* (1985), p. 195.

del olvido, y con las otras permanecerán arrojadas por la oscuridad. Mientras tanto, la ingente poesía religiosa en general y en particular la producción lírica de poetas religiosos, sin olvidarnos de monjas de diversos hábitos, continúa oculta y dispersa en manuscritos inéditos o en impresos raros de difícil acceso. «La cantidad y la diversidad de la poesía religiosa son en verdad asombrosas», afirma Wardropper <sup>6</sup>. Dámaso Alonso, ante tal riqueza, propuso en su día la «publicación de un *corpus* de poesía religiosa del siglo XVI» <sup>7</sup>. Don Antonio Rodríguez-Moñino suscribió los deseos de don Dámaso, e insistió en que «para realizar la tarea es, ante todo, precisa una enorme labor bibliográfica» <sup>8</sup>. Añadamos, de paso, que la actividad teatral de los jesuitas, está siendo hoy algo más estudiada que la lírica <sup>9</sup>.

Recientes investigaciones sobre la poesía áurea han comprobado la participación directa de poetas jesuitas en justas poéticas de importancia <sup>10</sup>, como las que se celebraron en Sevilla a finales del XVI y principios del XVII, para defender lo que rodando el tiempo sería el dogma de la Inmaculada Concepción <sup>11</sup>. En 1969, Rodríguez-Moñino analizó tres manuscritos que él definió como «de jesuitas». Son el *Cancionero sevillano de Fuenmayor* <sup>12</sup>, el *Rosal de divinos versos* y el *Cancionero de Jesuitas*. A estos tres cancio-

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 196.

<sup>7</sup> DÁMASO ALONSO, «Un manuscrito sevillano de justas en honor a santos (de 1584 a 1600)», Sevilla, Imprenta Provincial, 1961, p. 29.

<sup>8</sup> ANTONIO RODRÍGUEZ-MOÑINO, «Tres cancioneros manuscritos. Poesía religiosa de los siglos de oro», en *Ábaco, Estudios sobre literatura española*, 2, Madrid, Castalia, 1969, p. 138.

<sup>9</sup> CAYO GONZÁLEZ GUTIERREZ, *El teatro escolar de los jesuitas (1555-1640). (Su influencia en el Teatro del Siglo de Oro). Edición de la Tragedia de San Hermenegildo*. Universidad de Oviedo, Oviedo, 1997.

<sup>10</sup> RODRÍGUEZ-MOÑINO valora así las justas: «...la influencia que en el desarrollo del gusto tienen las innumerables compisiciones presentadas a justas literarias menos estudiada de lo necesario para comprender la evolución de estilos y temas», en *Tres cancioneros manuscritos*, p. 129.

<sup>11</sup> JUAN PÉREZ DE GUZMÁN Y GALLO preparó la ed. de *El primer centamen poético que se celebró en España en honor de la Purísima Concepción* (en Sevilla el 26 de abril de 1615), «hallado original y autógrafo en el tomo XCII del Fondo de Jesuitas de la Real Academia de la Historia». Establecimiento Tipográfico de Fortanet, Madrid, 1904. Los originales, señala el editor, «fueron recogidos por el P. Francisco de Peralta, el Rector del Colegio Angélico de la C. de J, quien fue quien presidió el tribunal de examen», p. XVIII.

<sup>12</sup> *Cancionero sevillano de Fuenmayor*, eds. José J. Labrador Herraiz, Ralph A. DiFranco, José Manuel Rico García. Prólogo de Francisco López Estrada. Universidad de Sevilla, Sevilla, 2004, concretamente las pp. 24-30.

neros hay que añadir el custodiado en la biblioteca de la *Hispanic Society of America* que complementa directamente el contenido del *Fuenmayor*<sup>13</sup>.

Las religiosidad heredada de la Edad Media, fomentada y reformada por la *devotio moderna* que traspasa todo el siglo xvi<sup>14</sup>, la piedad tradicional intensificada por las conclusiones de Trento, el impulso joven de la orden fundada por San Ignacio de Loyola, la reforma teresiana y, además, el apoyo de las fuerzas poderosas de la sociedad, como la monarquía y la nobleza, facilitaron el esplendor, sin olvidar las artes plásticas, del grandioso tesoro de poesías religiosas hoy casi olvidado.

A la poesía profana, pagana y erótica que llegó de Italia y se extendió con el endecasílabo por España se alió la poesía religiosa, con el propósito de «sustituir la poesía profana cantada por todos, con otra de devoción que deleitase a los espíritus, aprovechando a la almas»<sup>15</sup>. Raro es abrir un manuscrito poético áureo que no contenga poesía religiosa, incluso en aquellas ocasiones en que el copista optó por reunir poesía descaradamente mundanal. El mismo fray Luis se quejó en más de una ocasión de hallar revueltos sus poemas entre malas compañías. Nuestros más grandes poetas, recordemos a Lope, por ejemplo, escriben poesía con la misma pluma que dedican un soneto al amor venusino o a Cristo en la cruz, o intervienen en justas poéticas con que celebrar la beatificación de un santo o la inauguración de una nueva capilla. Poesía humana y poesía divina conviviendo en un ambiente social y cultural cuyas metas definitivas eran la defensa de la fe y de la patria. Innecesario es recordar aquí el extendido convencimiento de que el rezo del rosario contribuyó eficazmente a la victoria en Lepanto.

Pero esta convivencia no fue siempre fácil. Había quienes condenaban el placer producido por el arte de la poesía, «asustadizos moralistas» que sólo la aceptaban como un medio para alcanzar el fin que era el provecho del ánima. De ahí que la literatura profana, los versos eróticos de Boscán y Garcilaso fueran puestos a lo divino por Sebastián de Córdoba (1575): «...entendí que aunque son ingeniosas [las *Obras*] y de altísimos conceptos en su modo, son tan profanas y amorosas que son dañosas y nocivas, mayormente

<sup>13</sup> *Cancionero sevillano* B 2495 de la *Hispanic Society of America*. eds. José J. Labrador Herraiz, Ralph A. DiFranco, José Manuel Rico García. Prólogo de Sagrario López Poza, Universidad de Sevilla, Sevilla, 2004, concretamente las pp. 32-37.

<sup>14</sup> La catedrática de la Universidad de Zaragoza, María Teresa Cacho, extraordinaria concedora de los fondos manuscritos españoles en bibliotecas italianas, me informa de los muchísimos manuscritos con poesías de jesuitas que en ellas se hayan, y destaca entre tanta abundancia una adaptación en verso de la *Imitación de Cristo* hecha por el Padre Clavigero.

<sup>15</sup> ANTONIO RODRÍGUEZ-MOÑINO, *Juan López de Úbeda, poeta del siglo xvi*. Imprenta y editorial Maestre, Madrid, 1962, p. 15.

te para los mancebos y mugeres sin experiencia. Púseme a trasladarlas y convertirlas por los mismos ritmos y consonantes y sentencias más provechosas para el ánima»; Juan López de Úbeda, en su *Cancionero general de la Doctrina cristiana* (título que antagoniza al «best seller» *Cancionero general* de Hernando del Castillo, y al *Cancionero Geral* portugués), dice no recordar haber visto una edición reciente de un cancionero a lo divino «con ser como es vna cosa tan necessaria, vtil y prouechosa a la república Christiana, para prouocar a deuoción al pueblo, que en fiestas solennes y principales del año, como el día del nascimiento de nuestro Señor, día del Corpus Christi, días de nuestra Señora, Apóstoles y santos particulares, ay letras, villancicos, y villanescas, que a propósito de tales días se cante: veo que hay tanta falta desto...»

La predicación desde el pulpito, la exégesis oral de la doctrina, se vio complementada por la comunicación impresa, explicaciones que se podían leer, y escuchar también <sup>16</sup>, en manuscritos, pliegos y libros, en cualquier parte, sin la necesaria presencia en templos o capillas conventuales. Los tratados en prosa no eran fáciles de digerir, por eso se prefería la rima. En un recreo poético, en los jardines de un pequeño convento, reunidas unas monjas con la Abadesa, cantando poemas religiosos, al terminar la hermana Plácida de recitar una lira, aseveró la superiora: «Aquestas liras son explicación de las otras, y aunque no muy claras se ve en ellas claro, que son buenas para alentar la voluntad humana, y ayudan mucho el estar en verso, porque el muerto apetito de la nuestra fe auuia con esos saynetes» <sup>17</sup>. El carmelita Pedro de Padilla advierte a los lectores de su obra mariana, compuesta toda en octavas, que «Ludouico Ariosto, Petrarca y Sanazaro, con otros muchos que casi son innumerables, todos escribieron en materias diuinas, numerosos y admirables versos». Y agrega cómo los «limados versos, siéndole con humildad ofrecidos y dedicados [a María], porque la sonora proporción suya es tan agradable al alma, que despierta en ella los efectos de tristeza y alegría, amor o aborrecimiento, mucho más bien que la prosa más perfecta» <sup>18</sup>. Hasta los cánticos infantiles se espiritualizaron de la mano de José de Valdivielso, en su *Romancero espiritual del Santísimo Sacramento* (1612). Medio siglo antes, los onnipresentes amigos Silvestre y Montemayor —sin olvidarnos de otro

<sup>16</sup> MARGIT FRENK, *Entre la voz y el silencio*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 1997. Ver también «Oralidad, escritura, lectura», en *Miguel de Cervantes Don Quijote de la Mancha*. ed. del IV Centenario. Real Academia Española, Madrid, 2004, pp. 1138-1155.

<sup>17</sup> *Coloquio espiritual. Por don Melchor de la Serna, esclauo de la Madre de Dios*, A. Gamarra, Sevilla, 1615. BNM R-7225.

<sup>18</sup> P. MADRIGAL, *Grandezas y excelencias de la Virgen señora nuestra. Compuestas en Otava Rima, por F. Pedro de Padilla, Carmelita*, Madrid, 1587. (Palma de Mallorca, Biblioteca de Bartolomé March 12658).

contemporáneo, el toledano Sebastián de Horozco— habían compuesto poesía religiosa y contrahecha a lo divino. Los poemas de Silvestre se hallan diseminados en muchos manuscritos, y fueron recogidos y publicados por Pedro de Cáceres y Espinosa (1582); las obras de Montemayor aparecieron bastante antes, en Amberes (1554), divididas intencionadamente —y con cautela— en dos partes, la primera para la poesía *amorosa*, profana, y la segunda para la poesía religiosa, la cual es afín a la contenida en el *Cancionero espiritual*, impreso en Valladolid en 1549; su anónimo autor expone en el Prólogo que dedica al obispo de Palencia las distintas formas de alabar al Señor: «Otros escriuiendo libros de prosas de excelentes doctrinas, para utilidad de los próximos. Otros con hymnos y cantos que encienden y provocan el corazón a amor del soberano: y yo por no quedar excluido del cuento de los que alaban a su diuina y altíssima magestad, procuré de hazer lo que mi pobre ingenio supo alcançar, que es alaballe con estas pobrezillas obras de coplas». En cuanto al ejercicio de trovar, lamenta que el instrumento de la poesía haya caído en malas manos, «porque casi los más que lo han usado lo han encaminado a motiuos profanos y a amores no castos». Sebastián de Horozco compuso un *Cancionero*<sup>19</sup> en el que cupo de todo, desde insultos a vecinos y erotismo descarado hasta poesía contrahecha a lo divino, anclando sus versos en «cantares viejos», como el siguiente villancico navideño:

*Lo que demanda  
el romero, madre,  
lo que demanda  
no se lo dan.*

*Lo que demanda  
el primero padre,  
lo que demanda  
ya se lo dan.*

Cinco millares  
de años avía,  
que en cuita y pesares  
el hombre vivía,  
remedio pedía  
la culpa de Adán,  
*lo que demanda  
ya se lo dan. [...]*

<sup>19</sup> Estamos preparando la edición de este cancionero de Horozco, padre de Sebastián de Covarrubias.

Los metros populares —romances, canciones viejas y villancicos—, los refranes, los juegos de palabras, los acertijos, las «heregías», los chistes y los retruécanos, y la música, forman las vías de comunicación entre el poeta y el público al que intenta transmitir complejas enseñanzas doctrinales, como en este «veo, veo», acertijo no exento de humor, que encontramos en un cancionero manuscrito inédito de la Biblioteca Apostólica Vaticana:

*Vno es vno,  
y no lo entiende ninguno,  
y dos son dos,  
mas qué, ¿no lo entendéis vos?;  
y tres son tres:  
apostá que no lo entendéis.*

Es una essencia  
sagrada sin distinción;  
es una vnión  
y vna diuina potencia.  
Y desta siençia  
queda el seso humano vno,  
y *vno es, vno.*

El enviado  
a darnos ser y renombre  
ha quedado  
para que el hombre se asombre;  
Dios y hombre  
juntamente, y hombre y Dios,  
*que dos son dos.*

El Padre engendró  
de la substancia de sí  
al que, por mý,  
sobre la cruz padesció;  
proçedió  
el Espíritu Santo, que es  
vnión de tres:  
*apostá, que no lo entendéis.*

Es vn poder  
y vna misma voluntad,  
vna ygualdad  
de potencia y de saber,  
y es un ser  
a nuestro bien oportuno,  
*vno es vno.*

Es un supuesto:  
están dos naturalezas  
y son grandezas  
de amor que se mostró Christo,  
porque con esto  
nos salvásemos yo y vos,  
y *dos son dos*.

En el Sacramento  
están, y por fee se pone,  
las tres que quiento  
*concomitança raçione*.  
Y nadie blasone  
de entender el cómo es,  
y *tres son tres*<sup>20</sup>. [...]

El traslado de la poesía laica a poesía religiosa aparentemente no supone problemas de mayor importancia, en especial si el rimador es habilidoso y da con aquellos términos que transmutan el sentido, sin ocultar la versión profana conocida por todo el mundo con la nueva y sorprendente versión, ambas compartiendo el mismo tono. Dámaso Alonso concluyó que «el poeta devoto tiene que maravillar a su público, aunque sea produciéndole una sacudida, casi un choque brutal..., muchas veces emiten ideas extravagantes dentro de lo religioso, o aun heréticas, como si lo que quisieran fuera darle un susto al oyente; pero un golpe de timón desvirtúa en seguida la barbaridad enunciada»<sup>21</sup>. El poeta discurre por el filo de la ambigüedad, para captar la atención del lector, y cuando lo tiene estupefacto, sorprenderle después con un engaño.

Conviene ahora detenernos en Juan López de Úbeda, por poeta y por pedagogo. Natural de Toledo, es el fundador del Seminario de los niños de la Doctrina, de Alcalá de Henares. Autor de *Cancionero general de la Doctrina cristiana, muy útil y provechoso en todo género de verso castellano*. La voluminosa

<sup>20</sup> *Cancionero de poesías varias*. Biblioteca Apostólica Vaticana (Cod. Reg. Lat. 1635), eds. José J. Labrador Herraiz, Ralph A. DiFranco, Carmen Parrilla (en prensa). Este acertijo, sacado de la extensa lírica tradicional, tuvo bastante aceptación entre los poetas, pues entre 1580 y 1610 lo hallamos en media docena de fuentes, y fue glosado por un tal Vivar (¿Tomás?) en el *Cancionero sevillano de Fuenmayor*, n.º 130 de nuestra ed. La misma cancioncita fue contrahecha a lo divino hacia 1600, como documenta el manuscrito de la Nacional de Madrid 861, interminable recopilación de poesías religiosas.

<sup>21</sup> DÁMASO ALONSO, «Un manuscrito sevillano de justas en honor a santos (de 1584 a 1600)», *Archivo Hispalense*, 109 (1961), Sevilla, p. 21.

colección tuvo tres ediciones, en 1579, 1585 y 1586. Además, en 1582 salió en la imprenta alcaláina de Juan Íñiguez de Lequerica el *Vergel de flores divinas. Compuesto por el licenciado Juan López de Úbeda, natural de Toledo, fundador de los niños de la Doctrina de Alcalá de Henares. En el qual se hallarán todas y qualesquiera composturas apropiadas para todas las fiestas del año, assí de nuestro Señor como de nuestra Señora, y de otros muchos sanctos*. Tuvo una segunda edición en 1588. Dos años antes, había visto la luz su *Coloquio: Glosas, sonetos y Romances, y una elexía del Alma, y un eco con otras letras al Sanctísimo Sacramento, muy escogidas, bueltas de lo humano a lo divino por...* En 1602 aparecieron las *Redondillas* a diferentes santos y también los *Romances de nuestra Señora*. Dos comedias, de los años 1618 y 1619 completan la obra de López de Úbeda.

La intensa labor literaria del toledano era consecuencia de la necesidad de reunir dinero para sacar adelante el colegio de doctrinos, a la que se unía otra necesidad menos crematística: provocar la devoción del pueblo con «un jardín lleno de suaves y odoríferas flores, cuyos compuestos (si que quieren aprovechar dellas) les hará purgar lo malo y ponçoñoso que en las canciones prophanas auía benido». Su interés docente le conduce a publicar composuras provechosas «así para la juventud, como también para que se quiten cantares profanos». Al tanto está López de Úbeda de lo que se oye por la calle: «Pues diré de los niños que van de noche por las calles cantando cantares tan ociosos y viciosos que inficionan el ayre y hazen mala consonancia en las orejas de los que les oyen. Y qué diré del abuso que hay tan universal el día de hoy de cantar cantares tan obscenos en guitarrillas, que no hay cosa más olvidada en el mundo que el fin para el que se hizieron los instrumentos músicos». López de Úbeda va más allá de la denuncia. Es consciente de que las «guitarrillas tan comunmente se usan, y por de suyo no ser malas, no se pueden evitar, como cantas en ella romances a lo humano y otras canciones prophanas, procura cantar a los divino, pues que se te ofrecen cosas compuestas al mismo tono». Su *Cancionero* es una medida para remediar aquella conducta licenciosa. Concluye el prólogo declarando el fin de su trabajo, llenando la vida de canciones provechosas: «que este libro sea un general cancionero donde se hallen cosas para las fiestas de todo el año».

Las obras de López de Úbeda fueron en gran medida «caños de la fuente» por donde pasarían las piezas al *Cancionero de Jesuitas*. Unas pasaron directamente, otras indirectamente marcaron a los compiladores el criterio de selección, los gustos imperantes en esos años. En un breve apartado donde se reunieron piezas compuestas para la exaltación de varios santos de moda, como san Juan Bautista, san Juan Evangelista, san Lorenzo, san Esteban, san Pablo, los niños santos Justo y Pastor (sin duda, por la importancia de Alcalá de Henares y su Santa e Insigne Catedral-Magistral), san Bernardo, y a folio 194v, aparece su primer poema en esta colección, unas redondillas A S. *Francisco*:

A cuál antes llegaría  
 corrieron, con presto vuelo,  
 al premio eterno del cielo  
 unos y otros a profia.

Por aligerar los pies  
 soltó Paulo el señorío,  
 Magdalena, gala y brío,  
 barco y red, Pedro y Andrés.

Matheo, con quanto pudo,  
 dexó crédito y dinero.  
 Francisco, por más ligero,  
 descalzo vays y desnudo,  
 y con tal fuerça corristes,  
 con el ansia que llegastes,  
 que casi les ygualastes  
 y del palio roxo asistes.

Y pagando vuestra prisa  
 del Pagador soberaro,  
 puso con su misma mano  
 en las vuestras su diuisa. [...]

Veintiún poemas suyos más pasaron a los folios del *Jesuitas*:

- f. 268 *[Letra]*, «Verbo del Padre eterno»<sup>22</sup>.
- f. 299 *[Letra]*, «En el portal de Belén»<sup>23</sup>.
- f. 321v *He çine est illa Jezabel*, «Triste remate, lamentable historia».
- f. 349 *De la Magdalena*, «Las manos que la muerte a tantos dieron».
- f. 354 *[Soneto a Cristo]*, «Por dónde podré entrar a más prouecho».
- f. 444v *Soneto*, «Pues es la vida breue, el morir çierto».
- f. 444v *Soneto*, «En todos sois hermosa, vida mía».
- f. 459 *De lacrymis Pris. Ignatii*, «Por qué lloráys con júbilos tan tier-  
 nos».
- f. 462v *Soneto al mismo Pe. B. Ignacio*, «Desciende el Parnaso, musa,  
 y canta».
- f. 463v *Soneto*, «O triste cautiuerio, o dura suerte».
- f. 464v *[Letra]*, «¿Qué suena, Gil, en el ható? / Que oy es naçido un  
 donzel».
- f. 467 *Al Santísimo Sacramento*, «Herido de mi amor mi lindo  
 amado».

<sup>22</sup> Pudiera ser de Juan López de Úbeda o de Pedro de Padilla; folio perdido.

<sup>23</sup> Este poema se copió en un folio hoy desaparecido.

- f. 467 *[Soneto]*, «O Crucifixo mío, qué es aquesto».  
 f. 468 *Octauas a Nuestra Señora*, «No viéramos el rostro al padre eterno»<sup>24</sup>.  
 f. 480 *Soneto*, «Da voces, corazón. ¿Por qué me llamas?»  
 f. 481 *Romance*, «Por el rastro de la sangre / que Jesucristo dexaba».  
 f. 482v *Romance*, «El claro sol declinaua».  
 f. 483 *Romance a la Anunciación*, «Passeándose anda Dios».  
 f. 483v *[Letra]*, «Qué suena, Gil, en el ato».  
 f. 484 *Otras en diálogo en pregunta y respuesta entre dos pastores*, «En el portal de Belén».  
 f. 445 *Otro en glosa del Smo. Sacramento*, «Hombre, es Dios tan lival».

En 1579, fecha de publicación del *Cancionero de la Doctrina cristiana* y en 1582 cuando apareció el *Vergel*, la divinización de los poemas profanos, tanto en verso castellano, en octosílabos (como la letras en redondillas o quintillas, como los muchísimos romances antiguos y ahora también los llamados «nuevos»), como italiano endecasilábico, era una moda con tal fuerza que no había poeta, o rimador, que no fuera arrebatado por ella. Un índice muy elevado de poemas anclan su inspiración en las conocidísimas canciones que circulaban en todos los ambientes urbanos, desde Salamanca a Sevilla, desde Alcalá de Henares o Madrid hasta Valencia. Volver a lo divino los amores de Durandarte y Belerma que se cantaban en los cuatro puntos cardinales, al igual que tantas otras lascivas historia de enamorados, fue una especie de cruzada misionera para limpiar la calle de baladas torpes y llenarla con versiones edificantes. El *Jesuitas* incluye una de las múltiples versiones a lo divino que inspiró el romance carolingio. La técnica poética es bastante simple, se trataba de no ocultar del todo la versión humana revistiéndola de un lenguaje divino. Se trataba de mostrar el atrevimiento del poeta diestro en el lenguaje para mutar el sentido de la aventura imaginaria del romance carolingio por la aventura real y edificante de la Pasión de Cristo. No le duelen prendas al divinizador que allana el lenguaje para acercar lo más posible al pueblo y moverle a devoción. Este romance de Montesinos cayó en las manos del alcalaíno Lucas Rodríguez, quien lo incluyó en su *Romancero historiado* de 1582. Podemos sugerir que el piadoso poeta jesuita halló en él la *versión original* para elaborar su propia versión divina. Veamos a continuación el romance profano y el sagrado:

<sup>24</sup> Se disputan la paternidad Juan de Herrera y Leyva, fray Luis de León y Juan López de Úbeda.

*Romancero historiado*

Por el rastro de la sangre  
 que Durandarte dexaba,  
 caminaba Montesinos  
 por un áspera montaña,  
 y a la hora que camina  
 aun no era bien de mañana,  
 las campanas de París  
 tocan la señal del alba.  
 Como viene de la guerra  
 trae las armas destrozadas,  
 solo en la mano derecha  
 lleva un pedaço de lança  
 de hazia la parte del cuento  
 que el hierro allá se dexaua  
 en el cuerpo de Albençayde,  
 un moro de mucha fama.  
 Lleua el asta el francés  
 por que le sirua de vara,  
 para hazer andar la yegua  
 que la lleuaua cansada,  
 y como vido la yerua  
 de tanta sangre manchada,  
 saltos le da el coraçón  
 y sospechas le da el alma  
 si la ha derramado alguno  
 de los amigos de Francia [...]

*Cancionero de Jesuitas*

Por el rastro de la sangre  
 que Jesucristo dexaua,  
 ba caminando su madre:  
 rasga el coraçón miralla.  
 Las palabras que deçía  
 son de muger lastimada:  
 «¡Ay, hijo, Redemptor dulce!,  
 ¿dónde está tu linda cara?,  
 ¿dónde está tu perfición  
 y tu virtud estimada?»  
 Y quando mira la sangre  
 por el suelo derramada,  
 açrecienta los suspiros  
 con dolor y ansia estraña.  
 Dizen que va con prisiones  
 y sogas a la garganta,  
 y como çieruo herido  
 que con sed busca el agua.  
 va la Virgen presurosa  
 haçia el Calvario do estava,  
 mas no puede caminar  
 quel llorar la desmayava.  
 ¡O quién pudiera, Señora,  
 poner su vida y su alma  
 para darte algún consuelo  
 aunque de sí lo quitara [...]

Lope de Úbeda con su *Vergel* y Lucas Rodríguez con su *Romancero*, obras que significativamente aparecen en el mismo año, cada uno se dirige a los mismos lectores que supieron alternar lo divino con lo humano, alternancia que se refleja en las claras tendencias de la lírica de finales del XVI al prepararse para entrar en la maravillosa confusión barroca del siglo siguiente.

Para terminar, y porque sería de interés para el pedagogo Juan Manuel Cobo, permítaseme un breve inciso. Incluye López de Úbeda al final de su abultado *Cancionero* un catecismo que titula «Coloquio y exercicio muy útil y prouechoso de lo que hazer y entender los niños, y cómo se han de regir y gouernar después que vienen a uso de discreción, para que vayan encaminados en el servicio de Dios nuestro señor. Va por preguntas y respuestas entre dos niños, para que mejor se entienda, y se aperciba en la memoria». A continuación hay un «*Coloquio segundo, en el que se trata por demandas y*

*respuestas* entre dos niños, cuántas cossas ha de tener el Christiano para yr al cielo y se salvar, y cómo se guardará de no ofender a Dios, y para qué ordenó Dios los estados, etc.»<sup>25</sup>.

### 3. *EL CANCIONERO DE JESUITAS*

En este ambiente de fervor religioso tridentino y en consecuencia con las prácticas de moda, cada orden o convento iba recopilando aquellos poemas que año tras año se cantaban o recitaban en determinadas festividades. Varias manos intervienen en la copia de los poemas que se reunieron en este cartapacio de 489 folios, aunque una buena cantidad de ellos hoy haya desaparecido. Se lo conoce como *Cancionero de Jesuitas*, era propiedad de Rodríguez-Moñino y de su esposa doña María Brey Mariño, quienes lo donaron con toda su biblioteca a la Real Academia Española de la Lengua. La letra es del último cuarto del xvi. Ha sido copiado por varias manos y en distintos momentos en papeles que debido a su tamaño se cosieron en posición vertical y horizontal. Es manuscrito facticio en el que entró un poco de todo, desde epigrama latinos y ejercicios de métrica con los que se abre el cartapacio, hasta endecasílabos copiados con microscópica letra a tres y hasta cuatro columnas en cada folio. Lleva al final una «Tabla de los principios de la Poesía Española» por orden alfabético. El encuadernador agregó unas páginas que llevan hermosa caligrafía para unos poemas latinos.

Hay que lamentar que el manuscrito haya perdido muchos folios y con ellos nos veamos privados de conocer una larga lista de textos poéticos, aunque el índice, o Tabla, nos ha dejado testimonio de los primeros versos de todos ellos, lo que permitirá reconstruir las composiciones perdidas cuando algún día se edite el cancionero. Entre los folios 125 y 149 han desaparecido 36 poemas; entre el 154v y el 159 faltan tres poemas y quedan dos acéfalos; el contenido del folio 175, desaparecido, había un poema; con los folios 176 al 182 se han perdido once; los folios 258 al 311 contenían 59 poemas; en los folios 449 al 457 había siete; quedaron 451 composiciones, número bastante por encima de la media de los cancioneros manuscritos<sup>26</sup>.

Se abre con una colección de epigramas latinos compuestos por el P. Jerónimo López. Excepto por la serie de traducciones de los Psalmos, algunas atri-

<sup>25</sup> López de Úbeda se adelanta así, en las eds. de 1579, 1585 y 1586, a los famosísimos *Catecismos de los jesuitas* Gaspar Astete (1599) y Jerónimo Ripalda (1616). La metodología es similar en los tres.

<sup>26</sup> Rodríguez-Moñino da una descripción más minuciosa de la foliación en *Tres cancioneros manuscritos*, p. 130.

buidas a fray Luis de León (ff. 3339), un romancerillo que agrupa treinta y cuatro romances (ff. 469-476), el resto de la miscelánea no muestra tener clasificación alguna, ni estrófica ni temática, aunque ciertos epígrafes dan una noción del propósito de cada pieza. Como tantos otros manuscritos, y en éste con mayor razón, hay una docena de composiciones a Ignacio de Loyola, a su muerte y a amigos de la Compañía<sup>27</sup>. Aunque religioso, caben en sus folios composiciones profanas. Hay otras curiosas, como unos poemas dedicados a los avatares de la vida académica estudiantil<sup>28</sup> y otras jocosas, como las dedicadas a «una sotana rota, glossando aquellas que comiençan “Las tristes lágrimas mías”»:

La culpa vos la tenéis,  
sotana, de estar así,  
porque otra vez no dejéis  
lo que cierto poseéis  
por lo que nunca más vi;  
mas ¡ay! que estáis muy mudada  
de aquellos dichosos días,  
que de veros tan penada  
os tienen agujereada  
*las tristes lágrimas mías.* (411v)<sup>29</sup>.

En un relativamente bajo número de poemas se indica la paternidad de los mismos, todos ellos poetas del XVI. Dos poemas funerarios dan pistas para centrar la fechas del repertorio: la muerte de Isabel de Valois en 1568 (f. 365) y la defunción de la reina doña Ana en 1580 (f. 356), además de la entrada de Felipe II en Barcelona el 7 de noviembre de 1574<sup>30</sup>. Reúne una docena de composiciones atribuidas a fray Luis de León, «autor que no falta nunca en los cartapacios relacionados con la Compañía de Jesús», observa Rodríguez-Moñino. No podía faltar la jocosas réplica de Carranza, *La vida acompañada* (f. 315), a *La vida solitaria* del conqueño agustino (f. 314). Resaltan los nombres de dos sacerdotes de la orden, el P. Carrillo y el P. Pedro de Tablares; de este último, cuyos poemas brotan en multitud de fuentes, se debería preparar un serio estudio<sup>31</sup>. Se asoman a este manuscrito por un momento Boscán, «Claros y frescos ríos»

<sup>27</sup> Véase el Apéndice, n.º 1, 4.

<sup>28</sup> Véase el Apéndice, n.º 3.

<sup>29</sup> La conocidísima canción es: «Las tristes lágrimas mías / en piedra hacen señal / y en vos nunca, por mi mal».

<sup>30</sup> Véase el Apéndice, n.º 12.

<sup>31</sup> A «Tablares el Teatino» atribuye media docena de piezas el *Cancionero sevillano de Lisboa*, eds. José J. Labrador Herraiz, Ralph A. DiFranco, Antonio López Budia, Universidad de Sevilla, Sevilla, 2003, n.ºs 41, 59, 70, 71, 72, 77, 245.

(f. 118), contrahecho; también Garcilaso de la Vega con la *Carta*, «Salud Libea a Meliso envía» (f. 118), que a lo divino se copió en nuestro manuscrito: *Carta del alma a Dios, en tercetos*, «Salud el alma a su Dios envía» (f. 229v), contrahechura que no le cupo hacer a Sebastián de Córdoba<sup>32</sup>. El famoso estribillo «Salid sin duelo, lágrimas, corriendo» lo glosa un autor anónimo con intención moralizante en «Ay, triste, cuán poquitos sacan fruto» (f. 320v).

Forman la nómina de este cancionero varios poetas de primera fila, como Camoens, con su soneto portugués «Setanos de pastor Jacob seruia» (f. 361v); Francisco de Figueroa, con la canción horaciana de hacia 1579 «Cuytada nauezilla» (f. 458); Lope de Salinas, con sus interminables octavas contando la vida de san Francisco «Alta humildad, estrecha vida canto» (f. 441); Silvestre, con la glosa de «Las tristes lágrimas mías», «Tus misericordias canto» (234v), «Quien no te conociese mundo, mundo» (357v), el villancico «De dónde venis, Alto. De la altura» (359v), *Ad vitae breuitem.*, «La vida se nos pasa, el tiempo buela» (359v), *Del aborrecimiento del peccado*, «Adónde pecaré de ti escondido» (362v), «Aquel que sin mouerse manda y mueve» (f. 465v); Alonso de Ercilla (f. 441).

Como tantos otros manuscritos, éste también da testimonio del que fue poeta admiradísimo a finales del siglo xvi y todavía en el siguiente: Diego Hurtado de Mendoza<sup>33</sup>. Una atribución es acertada, la otra no. Entraron los 85 versos de la *Definición de los Zelos*, «Dama de gran perfección» (f. 468v), y le achacaron una «copla repentista» cuando le «dixeron que en tres versos de redondilla metiese *morciégalo y diamante*», «Si a morciégalo más claro» (468v). Hernando de Acuña, amigo de Montemayor y de Silvestre, está representado con su soneto profano *Misterios del Dios de amor*, «Dígame quien los sabe: ¿cómo es echa» (f. 361), cuya muerte le llegó en 1580, fecha próxima a la confección de este manuscrito. No podían faltar algunas composiciones del carmelita calzado Pedro de Padilla, quien gozó de mucha fama en sus días y de la amistad del grupo de poetas conocido como «generación de 1580»: *Contra la alteza del mundo*, «Cuando el gusano en su labor de seda» (f. 357), soneto que circulaba manuscrito<sup>34</sup>; y «Sospiros que al cielo ides» (489v), tomado del *Jardín espiritual* (1585); Francisco Garay<sup>35</sup>, *Fabio*, poeta poco estudiado aunque aparece con frecuencia en fuentes manuscritas, tiene un sone-

<sup>32</sup> Véase el Apéndice, n.º 11.

<sup>33</sup> *Diego Hurtado de Mendoza. Poesía completa*, ed. J. Ignacio Díez Fernández, Planeta, Barcelona, 1989. Tiene una nueva edición a punto de salir en Fundación José Manuel Lara, Clásicos Andaluces.

<sup>34</sup> Lo hallamos en MN 17.951, 69 y FR 3358, 100v. Con atribución solamente en *Jesuitas*.

<sup>35</sup> Véase el Apéndice, n.º 2.

to *A la muerte de una reyna*, «Aunque hizo un golpe la rauiosa muerte» (f. 361)<sup>36</sup>. Lupercio Leonardo de Argensola está representado por su soneto *Del oluido*, «No temo los peligros del mar fiero» (f. 360). Está presente también Jorge de Montemayor con «Qué es esto. Yo en qué me fundo» (f. 237v) y con el difundidísimo soneto «Estábase Marfida contemplando» que con la pluma de algún jesuita se transforma en «Estaua Magdalena contemplando / en su pecho a Jesús, porque moría» (f. 479v)<sup>37</sup>. Finalmente, hay hasta una «glosa del Rey» (¿Felipe II?) al *Desengaño del vano contentamiento*, «Lo que se dexa entender» (f. 240) y un curioso soneto de *Gonzalo Pérez, secretario del Rey Philipe, estando con la gota muy contrito, embió este soneto al Pe. Tablares preguntándole qué le parecía*, «O vida frágil breue y peligrosa» (f. 360v); el Padre Tablares le respondió con otro: «En poco tiempo mucho tiempo cobra» (360v), una discreta reflexión sobre la temporalidad del poder político.

En cuanto a la temática, despuntan la Encarnación, el Sacramento, la Trinidad y la devoción a los santos. Hay además composiciones a María, otras de carácter ascético y moral y abundantes reflexiones sobre la muerte. Aunque contiene muchas poesías genuinamente religiosas, incluye también un amplio abanico de contrahechuras.

Como en el poemario de Juan Manuel Cobo, y como en muchísimos cancioneros manuscritos e impresos, la gracia y la frescura de la poesía tradicional se filtra en la estudiada poesía del *Jesuitas* el gusto popular con los estribillos tradicionales que eran de dominio público. El siempre admirado «estilo rústico», popularizado por el poeta Brahojos (f. 351-352), las coplas *Vizcaínas a Nuestro Padre Ignacio*, «Juancho y Juangaicoa» (211)<sup>38</sup> y las *letras* que dan pie a glosas divinas añaden cierta variedad a la colección.

Este cancionero es prueba evidente de la vitalidad de la poesía culta, en especial de la poesía religiosa que había descubierto un riquísimo filón en la poesía profana aplicándole todas las formulas imaginables para convertirla en poesía divina, de provecho. Los jesuitas vieron en ella una forma insuperable para llevar la doctrina católica a las urbes, pues vieron en ella un arma para defender y propagar las conclusiones de Trento. Por medio de la poesía se llevaba a las calles las vidas de santos, los misterios de la fe

<sup>36</sup> *Cancionero hispano-saboyano. Manuscrito Patetta 840 de la Vaticana*. eds. José J. Labrador Herraiz, Ralph A. DiFranco, *Anejos de Analecta Malacitana*, Universidad de Málaga, 2007. Incluimos un poema de Garay con motivo de la boda en Zaragoza de Catalina Micaela con el Príncipe de Saboya.

<sup>37</sup> Curiosamente el mismo soneto a lo divino está en otro cancionero con gran participación de poetas jesuitas, el *Cancionero sevillano de Fuenmayor*, n.º 5 de nuestra edición. El soneto de Montemayor gozó de una enorme difusión; para una detallada información de larga lista de fuentes, véase la nota n.º 5 de la ed. en pp. 448-449.

<sup>38</sup> Véase el Apéndice, n.º 1.

envueltos en las mismas melodías, metros y rimas con que se acompañaban con la guitarra los temas profanos. La producción lírica de finales del XVI fue tan asombrosa que no es de extrañar que hallemos en ella repeticiones, falta de inspiración, manierismo y versos realmente malos. Lo hay también de gran calidad, aunque nada estudiados todavía. Toda aquella abundancia sirvió para que los finísimos poetas, como san Juan, supieran aprovecharse de lo mejor de ella para subir por la ladera a la cumbre más excelsa de la lírica religiosa.

Por ser todavía el *Cancionero de Jesuitas* uno de los tantos que todavía permanecen inéditos, damos en el Apéndice unas muestras de los poemas que contiene de manera que el lector pueda hacerse mejor idea de su contenido, además de disfrutar con la lectura de estas muestras.

## APENDICE

### 1

#### VIZCAÍNAS A N. P. IGNACIO

*Sancho y Juan Gaicoa,  
linda hijo tienes,  
vizcaíno escogido  
que a tu cielo vienes.*

No as tal otro auido  
vizcaíno de Christo,  
¿vizcaíno as visto  
tal que hayas parido?  
Seas bien venido  
la hijo que tienes,  
*vizcaíno escogido  
que a tu cielo vienes.*

De costados cuatro  
eres limpia idalgo,  
no te faltas algo  
para todo trato,  
mirado as retrato  
del noblez que tienes,  
*vizcaíno escogido  
que a tu cielo vienes.*

No temas morir,  
Dios te haçes fuerte,

antes de venir  
 diz que sabes muerte.  
 Hombre desta suerte  
 profeta le tienes,  
*vizcaíno escogido*  
*que a tu cielo vienes. [...]*

## 2

## GARAY. A LA MUERTE DE UNA REINA

Aunque hizo un golpe la raiosa muerte  
 que priua a Spaña de la alegre vida,  
 un consuelo nos queda que tal vida,  
 no es posible acabarse con tal muerte,  
     sino es contra la flaca y mortal vida,  
 porque no muestra su poder la muerte  
 y una reyna no reynó en la vida  
 mas de para ser reyna de la vida.

Reyna, si con la reyna de la vida,  
 estando en el lugar, do no entra muerte,  
 te acordares de nuestra pobre vida,  
     faborece ty reyno a quien tu muerte  
 aflige tanto quanto honró tu vida,  
 por que le sea amparo en vida y muerte.

## 3

## A UNO QUE PASÓ A SECAS

Contentáos, Francisco hermano,  
 que harta honrra es el pasar,  
 antes es grande verdad  
 que más vale paz segura  
 que no la incierta victoria.

Quanto más que victorioso  
 todos os pueden llamar,  
 si victoria es alcançar  
 lo que en le tranze dudoso  
 alguno vino a buscar.

Vuscastes ser promouido  
 a lugar más prominente,  
 como sabio y diligente.  
 Eso habéis hoy conseguido:  
 ser con honrra es accidente.[...]

## 4

## EMBLEMA.

PÍNTASE AQUELLA ESTAMPA EN QUE LOS DEL CIELO Y TIERRA  
 Y INFIERNOS ESTÁN ARRODILLADOS DELANTE DEL  
 NIÑO JESÚS, CON AQUELLA SENTENCIA DE SAN PABLO  
 «*IN NOMINE JESU OMNE GENUFLECTATUR, COELESTIUM,  
 TERRESTRIVM ET INFERNORVM*». CON ESTE APELLIDO EL  
 P. IGNACIO, PASADO DE LA GUERRA TEMPORAL A LA  
 ESPIRITUAL PUSO ESPANTO A CIELO, TIERRA Y INFIERNO,  
 Y ENSALÇÓ MUCHO ESTE DIUINO NOMBRE.  
 ESTARÁN DEVAJO ESTAS DOS OCTAVAS DE CUYOS  
 VERSOS LAS PRIMERAS LETRAS DIÇEN  
 IGNATIUS DE LOYOLA

I nflamado de gloria un caballero,  
 G allardo, noble, rico y esforçado,  
 N o quiere ser del ocio compañero,  
 A las cosas de guerra afficionado.  
 T ales haçañas haçe este guerrero,  
 I ncitado del furioso Marte ayrado,  
 V a tallando en Nauarra, que su gloria  
 S erá materia de muy dulce historia.  
 D e tal valor pagado el Rey del cielo,  
 E n su guerra por guía le ha escogido  
 L as armas le desnuda deste suelo,  
 O tras más celestiales le ha uestido.  
 I ngiere en sus entrañas un gran zelo,  
 O tórgale a Jesús por appellido,  
 L os tropheos que alcança y las uictorias  
 A cielo, tierra, infierno son notorias.

## 5

## ROMANCE AL NACIMIENTO

Vela, vela, alma dormida,  
que ya es tiempo de velar,  
que el sol que da luz de vida  
quiere su salud mostrar.  
En el vientre de María  
por ti se quiso ençerrar,  
nascera en ti y hara vida,  
alma, si le da lugar.  
Tus entrañas sean pesebre  
do se pueda reclinar,  
tus telas sean las mantillas  
con que se pueda abrigar.  
Las potencias de tu alma  
ángeles para cantar,  
tu sentido y los pastores  
que vengan a le adorar.  
Tu cuerpo, el asno y el buey,  
questén para le abrigar,  
dale, dale pecho lleno  
para que pueda mamar.  
De muy altos pensamientos  
lleno de amor singular,  
¿quién hay que quiera a Dios niño,  
quién le quiere aposentar?  
¡Ay, ay del alma sin alma  
que sin Él quiere quedar!

## 6

## OCTAVAS

María Magdalena contemplando  
en su dulce Jesús por quien moría,  
sus llagas de una en una imaginando,  
con ellas se mataua y reuiuía.  
Cansada de llorar, así dezía,  
sus amorosos ojos leuantando:  
«Jesús, pues que tú mueres por me amare,  
de mí me oluide yo, si te oluidare».

»¡O amante de mi alma tan amado!,  
 ¡o amante de mi alma tan querido!,  
 ¿por qué, mi buen Jesús, no te has llevado  
 contigo mi alma quando te has partido?  
 Jesús, ¡ay!, si tú tardas, veo trocado  
 mi gozo en llanto eterno y dolorido,  
 no quieras, buen Jesús, mucho esconderte,  
 baste tu mismo amor a enterneçerte.

»Mis ojos de llorar están pasmados,  
 mi lengua de llamarte dolorida,  
 andando en un extremo de la vuida  
 peligra con trauajos tan cansados.  
 Ven, buen Jesús, que todos mis cuydados,  
 colgados son sintiendo su pasado,  
 que si has de dilatar más tu tardanza  
 la muerte tomará de mí vengança».

## 7

A UNA SEÑORA QUE HIÇO UN MANTO A S. JUAN BAPTISTA  
 DE SUS CABELLOS Y DE HILO DE ORO. OCTAVAS

Prendada de un pastor una pastora  
 que en un espeso bosque residía,  
 viendo que en tal desierto el pastor mora  
 y que de ásperas pieles se bestía,  
 mouida del amor con que le adora,  
 un rico manto a su pastor texía  
 labrado de oro fino y sus cabellos  
 que se escureçe el sol delante dellos.

Las manos en la obra se ocupaban  
 y en el sacro pastor los pensamientos,  
 que aquel dulce tributo le llebauan  
 del amoroso fin de sus intentos.  
 Las manos el arado oro mezclauan  
 con los cabellos deste amor contentos,  
 ya questa obra exterior fue una pintura  
 do estaua otra interio como en figura.

El día que al pastor le cubrió el manto  
 de los cabellos y oro refulgente,  
 le dixo: «Mi pastor, toma entre tanto

desta vuestras pastora este presente;  
 pues es el árbol vuestro ¡o pastor santo!,  
 coged la fruta dél alegremente,  
 ques para mi un bien grande y muy estraño  
 quel fruto dél vuestro cada un año. [...]

## 8

## A LOS MISTERIOS DE LA FEE

El más claro entender,  
 la lengua más aguda  
 se goza de imitar la lengua muda.  
 Y ansí no quiere uer  
 aquello que es supremo a su saber.

Y si acaso leuanta  
 el ojo su agudeça  
 undido en cosa tanta,  
 quanta más veçes mira, más se espanta.

Ni puede, si porfía,  
 llegar hasta la cumbre  
 sufriendo oscuridad en clara lumbre.  
 Por tanto, ¡o alma mía!,  
 recoge y tira el pique, çiega el día.

Reprime tus antojos  
 en velo de fee santa  
 y en tu pobre sentir humilde canta.  
 Perdiéronme mis ojos,  
 causándome el mirar dos mill enojos.

## 9

## DE UN SANCTO HERMITAÑO

Sobre la verde yedra recostado, al pie de un alto  
 roble al fresco viento,  
 por verse en esta vida desterrado,  
 llora su doloroso apartamiento  
 y diçe de tristeza combatido,  
 de sola soledad acompañado:  
 «Ribera unbrosa, prado florecido,

donde del mundo uiuo retirado.  
 con alta y ronca boz mi alma llora;  
 en verme de mi Dios tan apartado  
 suspiro por su gloria cada hora,  
 sobre la verde yedra recostado.  
 Diréisle a mi querido cómo espero  
 goçar de sus deleites y hermosura,  
 y que tan triste vida no la quiero  
 si no espera llorar mi desventura.»

Lamenta por se ver en tierra agena  
 al pie de un alto roble al fresco uiento.

10  
 TERCETOS

—Di, Gil, ¿qué habrá mi alma que anda triste,  
 pues no la faltan bienes deste suelo?

—*Fáltale lo mejor, ques lo del çielo.*

—Pues el mundo la sirve y la fortuna,  
 ¿qué falta porque no tiene consuelo?

—*Fáltale lo mejor, ques lo del çielo.*

—Pues no le falta quanto bien desea,  
 ¿por qué no pierde el miedo y el reçelo?

—*Fáltale lo mejor, ques lo del çielo.*

—Pues tiene tanto goço, ¿qué le falta  
 si no es falta la sobra deste suelo?

—*Fáltale lo mejor, ques lo del çielo.*

—El fresco ayre del fabor humano,  
 ¿por qué no le dará algún consuelo?

—*Fáltale lo mejor, ques lo del çielo.*

—En fiestas y deleites se ha criado,  
 ¿pues cómo uiue en tanto desconsuelo?

—*Fáltale lo mejor, ques lo del çielo.*

11

CARTA DEL ALMA A DIOS. EN TERÇETOS

Salud el alma a su Dios embía,  
si al que es uida y salid de gloria y suelo  
hablar en tal stilo ses sufría,  
mas fuérçame la pena y desconsuelo  
y el uerme ser captiua del pecado  
a hablar a fuer de tierra y no de çielo.

Si contra mi Señor estáys ayrado,  
uolued, uolued los ojos a mi pena,  
ueréisos de mi culpa abengado.

Yo soy la que criastes tan agena  
de la triste miseria en que me beo,  
quanto della me beis haora llena.

Si alguna vez mi coraçón rodeo  
para mirar la causa de mi muerte,  
por no me uer, la muerte me deseo.

Mi mal llega, Señor, a ser de suerte  
que de pura costumbre la conçiençia  
no me remuerde uiéndome ofenderte. [...]

12

A LA ENTRADA DE SU MAGESTAD EN BARCELONA

Piense el rey en esta entrada  
que tal tienen la salida  
los plaçeres desta uida  
al cabo de la jornada.

Quanto el mundo puede dar  
es plaçer que ha de acabar,  
y es de temer,  
pues donde acaba el plaçer  
comienza siempre el pesar.

Con estas gaytas y sonos  
otros reyes vi que entraron,  
después ui que los llevaron  
con otras tristes cançiones.

¡O qué mudanza y en cuánto  
vi la risa vuelta en llanto!,  
y los honores

en responsos y clamores,  
y a la seda en negro manto.

Que pues naçemos mortales,  
quien naçe es fuerça que muera,  
y la muerte es la rasera  
que a todos nos deja iguales.

Al de estado y al mayor  
y guala con el menor,  
y el más chico  
ua mejor que el grande y rico,  
que el pobre acaba mejor. [...]

[Aprobado para su publicación en abril de 2007]